

CRISIS, VOZ Y APERTURA

Los empresarios mexicanos entre el boom petrolero y la reforma del Estado

Javier Arzuaga

Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública UAEM

A mi hermano, a quien la lucha por seguir le consume más energías que las que puedo transmitirle dedicándole este trabajo.

En este ensayo intento revisar la trayectoria del empresariado mexicano desde el agotamiento del auge petrolero en 1981 hasta la gestión del presidente Carlos Salinas de Gortari. En general tendrá un carácter hipotético, dado que las respuestas definitivas a los interrogantes planteados necesitarán, seguramente, de una investigación mucho más amplia que la que dio origen a este breve escrito.

A) LA CRISIS

En esta sección, me propongo analizar la crisis que se inicia en México en 1982, en el plano económico, como una quiebra del patrón de acumulación, y, en el plano político, como una crisis de hegemonía que se abre tras el agotamiento del modelo de “desarrollo estabilizador” y que se transforma en la desconfianza, por parte de los empresarios, hacia el Estado y el régimen político.

1) La crisis económica como Quiebra del patrón de acumulación

Los inicios de la crisis de 1982 estuvieron disfrazados de auge. En efecto, al compás de los recursos obtenidos por el boom petrolero, las principales variables macroeconómicas tendieron a crecer. Así, entre 1977 y 1981, el **PIB** total se elevó en un 38.2% y el **PIB** manufacturero en un 39.3 por ciento. La inversión bruta fija alcanzó, para el mismo período, un crecimiento del 82.6% (más del doble que el del producto), y las exportaciones sumaron uno del 70.4 por ciento.

A pesar de esto, el proceso económico daba signos de debilidad. En primer lugar, las importaciones ascendieron, para el período en cuestión, en un 167.7%,

con lo que la balanza comercial registró déficit que van desde los 15,362.2 millones de pesos en 1977 a los 63,311.4 millones de pesos en 1981 (2).

Otro signo de debilidad se manifiesta en relación con la acumulación de capital. Como señala Valenzuela Feijóo, “a) la oferta interna de bienes de capital activo (maquinarias y equipo) crece rápido pero en todo caso muy por debajo de lo que crece la demanda; b) aunque en el período las exportaciones crecen a buen ritmo, éste es muy inferior al que experimenta la demanda de bienes de capital activo; c) en el período, la demanda en cuestión no parece haber encontrado obstáculo a su materialización, pero esto tiene lugar en un contexto de creciente peso del abastecimiento importado y de un desequilibrio externo explosivo” (3).

En tercer lugar, se percibe una fuerte dependencia de los excedentes obtenidos por el sector petrolero. Cuando se analiza la evolución del excedente transferido por Pemex, sostiene Manzo, “el circuito subsidios fue el canal a través del cual se inició la transferencia de excedentes en montos significativos fuera de la empresa, generándose un déficit financiero que debió ser cubierto mediante recursos ajenos, dando lugar así al circuito de la deuda, que se retroalimenta a sí mismo” (4).

Para mediados de 1981 el retroceso de los valores del petróleo en los mercados internacionales propinó un duro golpe a la economía mexicana. La profundización del desequilibrio originada en la caída de los ingresos petroleros ocasionó un fuerte proceso de endeudamiento externo -facilitado por la enorme liquidez internacional-.

Como consecuencia de ello, afirman Garrido y Quintana, “el cambio de circunstancias hacía previsible una devaluación del peso, pues el servicio de la deuda crecía en una magnitud muy superior a las reservas internacionales. Sin embargo, el gobierno sostenía que la situación del mercado petrolero sólo era una inflexión, por lo que no sería necesario devaluar. En consecuencia, mientras las empresas y los particulares que tenían disposición de liquidez convertían sus fondos a dólares bajo el liderazgo de los grandes oligopolios bancarios, depositándolos dentro o fuera del país; el Banco de México estaba obligado por las condiciones de la libertad cambiaria a proveer los dólares necesarios para sostener la demanda que se presentara. Dadas las circunstancias, esto iba erosionando las reservas internacionales del país, por lo que para evitar la devaluación, el gobierno fue tomando nuevos créditos en dólares con plazos cada vez más cortos y a tasas cada vez más altas” (5).

El crecimiento económico basado en el desequilibrio externo encontró, en esta coyuntura, fuertes razones para transformarse en crisis. Después del

boom petrolero, las necesidades de financiamiento externo se recostaron sobre el capital de préstamo internacional, como resultado de esta iniciativa, el servicio de la deuda retrajo los posibles impactos del mismo.

La profundidad de la crisis, consecuencia de la caída de los precios del petróleo, sin embargo, demostraba la debilidad del modelo económico y la crisis del patrón de acumulación vinculado al “desarrollo estabilizador”. No constituía, por lo tanto, una crisis coyuntural, sino la transformación del patrón de acumulación y el surgimiento de nuevos sectores sociales que buscan un lugar en un bloque hegemónico alternativo.

Como propone Valenzuela Feijóo, “la alternativa -a corto plazo- que le deja al país una situación como la indicada es bastante clara: o suspende el pago de la deuda externa o bien precipita la crisis para poder atender dichos pagos. Es decir, la caída en los niveles de actividad económica provoca una drástica reducción en el monto de las importaciones y, de este modo, se busca el superávit comercial que permita atender el servicios de la deuda” (6).

La vía adoptada por el gobierno encabezado por López Portillo adoptó elementos de ambas alternativas. Por un lado, recurrió a la devaluación como forma de solucionar el desequilibrio externo, y, por el otro, se declaró una moratoria temporal y se inició una ronda de negociaciones con los acreedores externos con el objeto de refinanciar el servicio de la deuda. Veamos algunos de los efectos de estas medidas:

1. La devaluación del peso y la fuga de capitales propició una fuerte redistribución de los activos hacia aquellos sectores que poseían activos en dólares.
2. Los poseedores de activos en dólares, junto con la banca extranjera, lograron los mejores beneficios a través de las ventajas cambiarias y los pagos del servicio de la deuda.
3. Las empresas endeudadas en dólares sufrieron el golpe provocado por la devaluación.
4. La moratoria suprimió la posibilidad de un nuevo financiamiento del déficit externo. Lo que las colocó en situación de quiebra.

La falta de financiamiento externo presionó aún más sobre la devaluación del peso. La necesidad de financiar el déficit externo imponía una estrategia de reducción del mismo. Así, a través de la devaluación se presionaba a la baja a las importaciones al tiempo que promovía a las exportaciones, reduciendo el déficit externo.

La devaluación del orden del 500% registrada en 1982, como estrategia para superar la crisis, no sólo generó una crisis financiera, sino que modificó la posición de los grupos que disputaban la hegemonía.

En efecto, el proceso de devaluación atacó duramente a los actores empresariales vinculados al viejo pacto que posibilitó el “desarrollo estabilizador” (las restricciones a la importación y al mercado interno significaron el debilitamiento de ese sector). Al mismo tiempo, promovió los intereses de los sectores con capacidad de expandirse al mercado mundial.

La nacionalización de la banca, con la eliminación del capital bancario privado, constituyó un elemento adicional para la conformación del nuevo bloque en el poder, desplazando al capital bancario del liderato y favorecer a los nuevos grupos empresariales.

A pesar de ello, el nuevo bloque en el poder no lograba consolidar su alianza. Por un lado, los nuevos actores centrales -el empresariado local beneficiado por la devaluación y la banca extranjera- no conseguía conciliar sus intereses, dado que ambas pugnaban por la apropiación del excedente. Por otro lado, si bien la fracción del capital bancario había desaparecido como tal, mantenía una fuerte posición negociadora debido a los montos de capital que manejaría a partir de la liquidación de los adeudos por la nacionalización. Por último, la vieja fracción empresarial vinculada al mercado interno seguía presionando para obtener una salida negociada a la erosión de su posición. Frente a esta situación, asume el gobierno Miguel de la Madrid.

2) *La “pérdida de confianza”: la “salida” empresarial a la crisis*

La pugna entre los sectores dominantes en la acumulación y la nueva estrategia gubernamental propiciaron, al tiempo que una crisis financiera, otra de “confianza”.

Siguiendo a Hirschman, los empresarios mexicanos adoptaron ante la crisis económica y la de hegemonía una doble estrategia: la “salida” y la “voz” (7).

Caracterizaré como “salida” la crisis de confianza a que llevó el descontento empresarial, dejando para la sección siguiente el análisis de la forma que asumió la “voz”.

El capitalismo, afirma Przeworski, es un “forma de organización social en el que toda la sociedad depende de las acciones de los capitalistas” (8). Las causas de esa dependencia son dobles: por un lado, es un sistema en el que la producción se destina a la satisfacción de las necesidades de otros. De modo que los productores inmediatos no pueden sobrevivir por sí mismos. Por otra parte, es un sistema en el que una parte del producto social es sustraído a los productores directos bajo la forma de beneficio, el que es acumulado por los capitalistas, siendo éstos quienes deciden bajo una serie de presiones cómo colocar tanto el producto como los beneficios.

Según Przeworski, la regla que determina todo sistema económico puede desarrollarse a largo plazo si no deja de consumir una parte del producto y lo invierte para aumentar la productividad futura. La particularidad de un sistema capitalista es que la parte que se deja de consumir sale de aquella parte del producto que no se le paga a los productores directos y se invierte de acuerdo con la preferencia del capitalista. Dado que la inversión es privada, los beneficios privados son necesarios para la inversión. Si los capitalistas no se apropian de esos beneficios, es decir, si no explotan, la producción baja y el consumo disminuye y, como consecuencia de ambas, ningún grupo puede satisfacer sus intereses materiales. De modo tal que si los capitalistas realizan sus intereses materiales se pueden realizar en el futuro los intereses materiales de los demás.

Cualquier demanda en favor de mejorar las condiciones inmediatas contradicen como conflicto entre salarios y beneficios. Al mismo tiempo que, por un lado, el capital se presenta como condición necesaria para la producción y los beneficios aparecen como su recompensa (sobre la cual no debe dar respuesta respecto de una posterior distribución), por el otro, posee la autoridad para organizar el proceso de producción (dicha autoridad se presenta como una necesidad técnica de toda producción).

De los tres elementos señalados (representación de los intereses generales, legitimidad de la acumulación y autoridad en el proceso de producción), se puede deducir que los capitalistas cuentan con una posición privilegiada dentro del sistema capitalista a partir de la cual todos los otros grupos aparecen como dependiendo estructuralmente de su acción. Sin embargo, la realización de los intereses capitalistas no constituye una condición suficiente para la satisfacción de los intereses futuros de ninguno de esos otros grupos.

La “salida” empresarial, por lo tanto, resulta de enorme importancia por los impactos que ella tiene sobre la reproducción global de la sociedad, por lo que vuelve imperiosa la necesidad, por parte del gobierno, de reconquistar la confianza de ese sector.

Creo que la crisis de “confianza” responde a dos razones fundamentales. Influenciados por la reestructuración económica, los grupos empresariales, a los que denomino “mercadointernistas” y “aperturistas” (9), tienen motivos diferentes para asumir una política de desconfianza.

Por el lado de los “mercadointernistas”, vinculados corporativamente al Estado a través del pacto que propició el desarrollo “estabilizador”, es evidente que el plan económico anticrisis, llevado adelante por el gobierno de López Portillo, los colocaba en una posición de suma fragilidad. La restricción del mercado interno y la nacionalización de la banca cercenaron sus principales fuentes de acumulación al tiempo que reducía su incidencia política.

Por su parte, los “aperturistas”, beneficiados, en principio, por el plan económico gubernamental, sentían, por un lado, que el mismo respondía a una necesidad coyuntural, por lo que no podían sentirse seguros de los avances conseguidos, y, por el otro, se mostraban escépticos ante un régimen político que, creado al influjo de las necesidades del “desarrollo estabilizador”, establecía una estructura de influencia mediatizada, en la que los “mercadointernistas” se adaptaban con suma facilidad.

Como sostiene Francisco Valdés, la estrategia de los “aperturistas” tiene como objetivo directo e indirecto influir predominantemente en las decisiones del poder ejecutivo y, particularmente, del presidente de la República, buscando, a la vez reducir su poder discrecional. También persigue establecer un modelo de relaciones políticas cuyos supuestos centrales son el desplazamiento y la remoción de los aparatos de control «corporativo» articulados en el PRI para favorecer un mayor peso del alto personal dirigente del gobierno y un acceso directo de la cúpula empresarial a las instancias de formulación de políticas públicas” (10).

De este modo, el restablecimiento de la confianza empresarial se presentaba, ante el nuevo gobierno de De la Madrid, como un dilema. Por un lado, se le reclamaba la vuelta a la protección y a los subsidios, mientras que, por el otro, se le solicitaba no sólo la apertura económica sino también la apertura de nuevos canales políticos.

El gobierno de De la Madrid inició una estrategia tendiente a recuperar la confianza empresarial. Como sostienen Garrido y Quintana, “el manejo de la coyuntura se hará de tal modo que el ataque a los desequilibrios a través del Programa inmediato de Recuperación Económica (PIRE) concorra a configurar el cambio estructural, en la medida en que contribuye a fortalecer la articulación entre los actores que puedan conformar aquel bloque” (11).

Sin embargo, y ante la presión de los sectores “mercadointernistas”, el gobierno intentó una transición gradual que le permitiera adaptarse al nuevo énfasis exportador.

A pesar del intento de reconquistar la confianza empresarial, el PIRE no logra superar la crisis que produce en 1986. La crisis mencionada encuentra dos factores fundamentales. En primer lugar, el sector “aperturista” beneficiado por el PIRE empieza a dar muestras de debilidad interna. Por un lado, la banca extranjera comienza a poner frenos al refinanciamiento de la deuda externa dado que manifiesta su resistencia a sostener el mecanismo de provisión de dólares mientras persista la fuga de capitales (12). Por otro lado, el servicio de la deuda pública limita las capacidades expansivas de la economía reciclando el excedente económico hacia el exterior. En segundo lugar,

el gradualismo económico, choca con los intereses de los “aperturistas” en la medida en que retrasa el cambio estructural O11e los fortalecía como bloque hegemónico.

Así, la opción de “salida” de los empresarios se refuerza. La banca internacional retrasa la negociación de la deuda, los empresarios ligados al mercado internacional fugan sus capitales, y los “mercado internista s” no invierten. La recuperación de la confianza empresarial impone la necesidad, por lo tanto, de optar por el fortalecimiento de una nueva alianza hegemónica, que profundice el alcance del cambio estructural, dado que, por un lado, el retorno al patrón de acumulación ligado al mercado interno fue quebrado por la crisis económica y que, por el otro, la consolidación de uno nuevo requería de medidas que favorecieran la proyección del sector “aperturista”, y permitieran superar la crisis hegemónica.

B) LA VOZ

Siguiendo la metáfora de Hirschman, la pugna por la hegemonía se manifestó paralelamente en el terreno político y en el económico, ante lo cual los empresarios alzaron su ‘voz’.

1) La pugna entre “mercadointernistas” y “aperturistas”

Tal como lo he insinuado en las secciones anteriores, la pugna entre los sectores empresariales tenían una doble inserción: una económica y una política (13).

En la esfera económica, los programas de estabilización económica de los gobiernos de López Portillo y De la Madrid, habían favorecido la transformación del patrón de acumulación que se había originado como consecuencia de la crisis.

Por otra parte, la nacionalización de la banca, si bien había golpeado duramente al sector “mercadointernista”, daba cuenta de que la intervención económica del Estado podía revertir, en cualquier momento, el proceso de apertura, y, a pesar de los beneficios obtenidos por la reestructuración del sistema financiero (14), los “aperturistas” se encontraban sumidos en una profunda desconfianza acerca del rumbo que habría de tomar el proceso económico.

De este modo, el conflicto en el terreno económico, adquirió la forma de un enfrentamiento entre quienes, por un lado, pugnaban por la reconstitución de su hegemonía puesta en crisis por la quiebra del patrón de acumulación -los “mercadointernistas”- y quienes, por el otro, insistían en

la necesidad de garantizar el curso de la transformación hegemónica y la seguridad de que el Estado no volvería a intervenir para modificar las nuevas condiciones de acumulación -los “aperturistas”-.

Por el lado político, el conflicto se dirimía en tomo de la representación empresarial frente al Estado. Los “mercadointernistas”, compañeros de ruta del Estado durante el proceso del “desarrollo estabilizador”, gozaban del favor de contar con una representación política inserta en el Gobierno y en el partido “oficial”.

Por su parte, los “aperturistas”, externos al ámbito oficial, reclamaban por la apertura de canales “directos” de representación frente al Estado.

Los primeros sospechaban, no sin razón, que la apertura de nuevos canales no sólo constituiría un fuerte impulso para la consolidación del nuevo patrón de acumulación, sino que, además, los dejaría sin respuesta política, al transformar en obsoleto s los viejos modos de representación.

Los segundos, con igual suspicacia, intuían que, de mantenerse la forma de representación tradicional, la transformación iniciada podría ser interrumpida desde el Estado, a instancias de la fluidez comunicativa con los “mercadointernistas”.

2) Y los “aperturistas” alzaron la “voz”

A pesar de los logros conseguidos a partir de la crisis, por parte de los “aperturistas”, la inestabilidad de los programas económicos gubernamentales dan cuenta de la falta de consolidación de un nuevo bloque hegemónico.

En efecto, pese a los esfuerzos del presidente De la Madrid por llevar adelante un cambio estructural, esfuerzos que no se remiten únicamente al PIRE sino que alcanzan al Programa de Aliento y Crecimiento (P AC) y al Pacto de Solidaridad Económica (PSE) (15), es evidente que la crisis mexicana superaba, con mucho, los estrechos márgenes de la crisis económica. Era, sobre todo, una crisis hegemónica.

La quiebra del patrón de acumulación, todavía no suficientemente transformado, había dejado a los viejos y nuevos actores empresariales en una situación en la que ninguno de ellos podía reconstituir la hegemonía.

En esta coyuntura, no bastaban ya los logros acumulados en el terreno económico, hacía falta resolver la crisis en el ámbito político, y los “aperturistas”, basados en la mejor posición lograda después del inicio de la crisis y liberados de ataduras respecto al sistema político tradicional, ganaron la iniciativa.

Y la “voz” de los “aperturistas” se hizo escuchar. Escudados en sus organizaciones más representativas, como la COPARMEX, la CONCANACO, y el CCE, los empresarios “aperturistas” notaron que no alcanzaba con las negociaciones, a puertas cerradas, en el Palacio Nacional. Por lo que ampliaron su convocatoria a toda la sociedad.

Como señala Francisco Valdés, “las principales estrategias políticas puestas en marcha por los empresarios en la coyuntura actual son tres: 1) la corporativa, que persigue sobre todo influir en las políticas, así como en la adecuación de los programas empresariales con este motivo; 2) la partidaria, que se refiere a la participación de empresarios como tales en las contiendas electorales; y 3) la social o cívica, que busca la formación de un nuevo consenso en la sociedad civil” (16).

La estrategia corporativa, aunque cumplía con el objetivo de mantener abiertos los canales vigentes de representación empresarial frente al Estado, daba cuenta de una finalidad más amplia, la flexibilización de los controles corporativos (17).

La estrategia política, por su parte, consiste, como propone Ricardo Tirado, en la convocatoria “al empresariado y a la ciudadanía a la acción política para dar efectividad a la autonomía de las entidades federativas, la separación de poderes, el régimen de partidos y las elecciones” (18). En el fondo, esta estrategia política cumple con los objetivos de 1) fortalecer al PAN, partido con el que los “aperturistas” están fuertemente vinculados, 2) promover el bipartidismo PRI-PAN, y 3) gestionar la apertura de espacios a los empresarios, espacios hasta entonces monopolizados por el Gobierno y el Partido “oficial”.

Por último, la estrategia social, gira en torno de tres iniciativas. En primer lugar, la legitimación de la participación política de los líderes empresariales a través de la ampliación del campo de la acción política válida. En segundo lugar, la difusión de un discurso político que, de acuerdo con Francisco Valdés, tiene “tres núcleos principales: i) exige un cambio radical en la participación política del Estado en la economía, abriéndola al predominio de las leyes de mercado; ii) exige la limitación de la autoridad presidencial, la reducción del poder de las corporaciones obreras oficiales y la neutralización de los grupos de la burocracia política identificados con el reformismo autoritario característicos de ciertos momentos del régimen posrevolucionario; y iii) demanda el fortalecimiento de la «sociedad civil» entendiendo por ésta una entidad en la que el sector privado desempeñe un papel preponderante y donde la categoría principal de cohesión y acción social sea el «ciudadano» individual identificado con su pertenencia a la «iniciativa privada» (formada

por productores y consumidores) y no a clases sociales o a las corporaciones” (19). En tercer lugar, la canalización del descontento social que permita la identificación entre los empresarios y los sectores medios.

Esta estrategia de los “aperturistas” tendió a volver a su favor el balance inestable de fuerzas que, evidentemente, no podía resolverse en el terreno económico.

Por otra parte, sostengo que ella les permitió ganar la iniciativa política en un terreno en el cual, por encontrarse fuera de los espacios de la política empresarial tradicional, la acción política de los empresarios “mercadointernistas” no hubiesen podido aprovechar. En tercer lugar, la convocatoria, en este caso político-partidaria, de los empresarios “aperturistas” gozó de un gran sentido de la oportunidad, ya que aprovechó las debilidades de un sistema político que, acorralado por la crisis, encontraba serios problemas para reproducir su legitimidad.

En suma, considero que la alianza “aperturista” ha empezado a cosechar importantes logros. Ellos, por ahora, sólo le garantizan que el repliegue de lo andado, si es que la alternativa se presentara, no será fácil. Esos logros, en buena medida parciales, serán cosechados, como se verá en la sección siguiente, durante la gestión del presidente Carlos Salinas de Gortari. Sin embargo, insisto, resta aún mucho camino por andar hasta que la nueva alianza hegemónica pueda considerarse consolidada.

C) LA APERTURA

De acuerdo con lo dicho en las secciones anteriores, considero a la apertura, tanto económica como política alcanzada, fundamentalmente, durante el Gobierno de Carlos Salinas de Gortari, como un éxito político de los empresarios “aperturistas” en su camino hacia la consolidación como grupo hegemónico.

Al respecto formularé dos hipótesis generales:

1) *La Reforma del Estado y el Tratado de Libre Comercio como triunfo de los “aperturistas”*

Creo que tanto la Reforma del Estado como el Tratado de Libre Comercio constituyen un intento estatal por consolidar la hegemonía de los empresarios “aperturistas”.

En particular, el presidente Carlos Salinas de Gortari, sostiene que “dos son las razones de mayor calado que sustentan la demanda de modernización del país y que implican reformas sustantivas al Estado. La transformación

misma de la sociedad mexicana del último cuarto de siglo ha modificado de raíz la índole y la amplitud de las demandas que la población hace al aparato estatal. Su explicación está basada en una acelerada dinámica demográfica, en un vastísimo proceso de urbanización, en el agotamiento de un modelo & general de desarrollo en otro tiempo exitoso y en el cambio consiguiente en la articulación de las fuerzas sociales básicas” (20).

Ambas iniciativas presidenciales, la “Reforma” y el “Tratado”, coinciden con los reclamos que el sector empresarial “aperturista” viene formulado desde, por lo menos 1982: el retiro del Estado del ámbito de acumulación privada, la delimitación clara de los límites entre el Estado y la Sociedad, promoción de la inserción de México en el mercado mundial, reducción de las barreras aduaneras, desregulación, etc.

2) *El reconocimiento de los nuevos espacios Políticos en la sociedad civil como segundo triunfo de los “aperturistas”*

La segunda hipótesis es que la lenta apertura de los espacios políticos constituye, en principio, otro triunfo de los empresarios “aperturistas”.

Si bien las elecciones presidenciales de 1988 constituyeron una muestra de que, en general, toda la sociedad civil reclamaba la apertura política, creo que ésta es el fruto de empresarios que, a través del PAN, y sus organizaciones “gremiales” y tras un largo proceso de confrontaciones y negociaciones, han logrado acordar.

El carácter gradual y limitado de la apertura puesta en marcha por el gobierno, me lleva a pensar que es el fruto de la negociación con los empresarios “aperturistas” ya que ambos coinciden en los peligros de una apertura total a la participación de los sectores excluidos de la sociedad. Creo, por lo tanto, que si la apertura hubiese sido un triunfo de la sociedad civil toda, y no del acuerdo entre el gobierno y los “aperturistas”, seguramente el gradualismo y la limitación no hubieran sido posibles.

Por otra parte, considero que la apertura política hace hincapié, con igual gradualismo aunque no limitación, en el reconocimiento de nuevos canales de representación y participación empresarial, cosa que no se ha extendido a organizaciones representativas de otros sectores sociales.

NOTAS

- (2) Ambos a valores de 1970.
- (3) en *El capitalismo mexicano en los ochenta*, pág. 88, Ediciones Era, México, 1988.
- (4) en Manzo, Jose Luis: *Patrón de acumulación y excedente petrolero en México*, pág. 64, en Celso Garrido (Coordinador), *Empresarios y Estado en América Latina*, CIDE, Fundación Friedrich Ebert, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales y UAM Unidad Azcapotzalco, México, 1988.
- (5) en *Crisis del patrón de acumulación y modernización conservadora del capitalismo en México*, pág. 41-42, en Celso Garrido (Coordinador), *Empresarios...* op. cit.
- (6) en *El capitalismo...* op. cit. pág. 102.
- (7) Cfr. *Interés privado y acción pública*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- (8) en *Capitalismo y Socialdemocracia*, pág. 160, Alianza Editorial, Madrid, 1988.
- (9) Con el nombre de “aperturistas” me refiero al grupo empresarial que dirige sus actividades productivas principales a la exportación y al mercado internacional, en general son antiestadistas y sumamente críticos del sistema político mexicano, cuentan con el apoyo del capital transnacional, sus organizaciones más representativas son la Confederación Patronal de la República Mexicana (COPARMEX), y la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio, Servicios y Turismo (CONCANACO), y cuenta con un fuerte vínculo con el Partido Acción Nacional (PAN). Con el de “mercadointernistas” denomino al grupo orientado hacia la sustitución de importaciones y al mercado interno, aceptan, en buena medida, la intervención estatal con el objeto de proteger los de la competencia internacional, sus organizaciones más representativas son la Confederación de Cámaras Industriales (CONCAMIN) y la Cámara Nacional de la Industria de Transformación (CANA CINTRA), generalmente cuentan con un desarrollo tecnológico inferior al del primer grupo, lo que los hace poco competitivos e ineficientes a la hora de integrarse al mercado mundial estuvieron muy vinculados al Estado a través del pacto que permitió el “desarrollo estabilizador” y se encuentran integrados al Partido Revolucionario Institucional (PRI).
- (10) En *Los empresarios, la política y el Estado*, pág. 50, Cuadernos Políticos N° 53.

- (11) en Crisis del patrón de acumulación, op. cit. pág. 48.
- (12) La provisión de dólares por parte del Estado se había transformado en un seguro de “confianza”, en la medida en que garantizaba a los empresarios que podrían retirar sus inversiones del país si el crecimiento económico prometido no se cumplía.
- (13) La distinción tiene sólo una finalidad analítica, en realidad la pugna atraviesa ambos espacios sin solución de continuidad.
- (14) Esta tesis la sostienen Garrido y Quintana en el texto citado.
- (15) Estrictamente hablando, el PSE no es un programa económico. Sin embargo, lo considero como un programa tendiente a promover el cambio estructural. Por éste, entiendo no sólo la transformación del patrón de acumulación, sino también, la constitución de un bloque hegemónico que lo establezca. En este sentido, como afirma Manuel Canto, “el PSE significó también que nuevos actores habían cobrado carta de ciudadanía como interlocutores del gobierno, la representación empresarial encabezada final y realmente por el Consejo Coordinador Empresarial, a quien apenas dos sexenios antes se le consideraba como cabeza de la reacción, mezcla de Santo Tomás y Escuela de Manchester, como se refería burlonamente el entonces candidato a la presidencia José López Portillo”. En La transformación de la gestión gubernamental en México (o la cárcel de la heterodoxia), pág. 144, en Arturo Anguiano (Coordinador), La modernización de México, UAM -Xochimilco, México, 1990.
- (16) en ¿Hacia un nuevo liderazgo sociopolítico?, Pág. 443, Estudios Sociológicos, Vol. V, núm. 15, septiembre-diciembre, El Colegio de México, México, 1987.
- (17) Cfr. Luna, Matilde: ¿Hacia un corporativismo liberal? Los empresarios y el corporativismo, Estudios Sociológicos, Vol., 5, Núm. 15, septiembre diciembre, El Colegio de México, México, 1987.
- (18) en Los empresarios y la política partidaria, Estudios Sociológicos, Vol., 5, Núm. 15, septiembre diciembre, El Colegio de México, México, 1987.
- (19) en Los empresarios... op. cit. pág. 59.
- (20) en Reformando al Estado, pág. 5, Presidencia de la República, Dirección General de Comunicación Social, México, 1990. El subrayado es nuestro.

BIBLIOGRAFIA

Canto Chac, Manuel: “La transformación de la gestión gubernamental en México (o la cárcel de la heterodoxia)”, en Arturo Anguiano (Coordinador), La modernización de México, UAM, Xochimilco, México, 1990.

- Garrido, Celso y Quintana: "Crisis del patrón de acumulación y modernización conservadora del capitalismo en México", en Celso Garrido (Coordinador), *Empresarios y Estado en América Latina*, Centro de Investigación y Docencia Económica, a. c., (CIDE), Fundación Friedrich Ebert, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales y Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Unidad Azcapotzalco, México, 1988.
- Hirschman, Albert O.: *Interés privado y acción pública*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- Luna. Matilde: ¿Hacia un corporativismo liberal? Los empresarios y el corporativismo, *Revista Estudios Sociológicos*, Vol. V, núm. 15, septiembre-diciembre, El Colegio de México, México, 1987.
- Manzo, José Luis: "Patrón de acumulación y excedente petrolero en México", en Celso Garrido (Coordinador), *Empresarios y Estado en América Latina*, Centro de Investigación y Docencia Económica, a. c., (CIDE), Fundación Friedrich Ebert, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales y Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Unidad Azcapotzalco, México, 1988.
- Przeworski, Adam: *Capitalismo y socialdemocracia*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.
- Salinas de Gortari, Carlos: *Reformando al Estado*, Presidencia de la República, Dirección General de Comunicación social, México, 1990.
- Tirado, Ricardo: Los empresarios y la política partidaria, *Revista Estudios Sociológicos*, Vol. V, núm. 15, septiembre-diciembre, El Colegio de México, México, 1987.
- Valdés Ugalde, Francisco: Los empresarios, la política y el Estado, *Revista Cuadernos Políticos*, México, Núm. 53.
- Valdés Ugalde, Francisco: ¿Hacia un nuevo liderazgo sociopolítico?, *Revista Estudios Sociológicos*, Vol. V, núm. 15, septiembre-diciembre, El Colegio de México, México, 1987.
- Valenzuela Feijóo, José: *El capitalismo mexicano en los ochenta*, Ediciones Era, México, 1988.